UNA VENTANA A LA CARRETERA De Antonio PEREIRA

ULISES (Ángel Palomino)

El cuento es arte difícil. Se te queda entre las manos como un canapé de jamón, de caviar, de queso. O como un canapé de nada, puesto en la bandeja para hacer bulto. A primera vista, escribir un cuento es tarea mucho más sencilla que escribir una novela. A segunda vista, también. Pero cuando el escritor logra en un cuento dar la obra redonda, acabada, total, de aquello, de sólo aquello que ha querido expresar, el cuento puede resultar una alhaja de raro valor.

El autor de un buen cuento hace al lector el regalo de un producto químico de gran poder reactivo. El autor de un buen cuento da en cuatro páginas toda una obra maestra. Esto quiere decir que el autor se la juega en muy poquito espacio de tiempo y de papel. Lo que narra puede ser muy simple, muy breve, muy insignificante como suceso, pero ha dado lugar a algo muy importante como obra de arte.

Y digo que el autor hace entonces un regalo, porque ha realizado, quizá, la síntesis de una obra seguramente más importante. De pequeños cuentos han salido novelas, dramas y hasta películas en cinemascope. Del apretado relato cabal, pulido, incrustado, esmaltado en doce páginas, se han recreado trescientas, o tres actos, o dos horas de proyección en technicolor con sonido estereofónico.

¡Difícil y abnegada tarea! ¡Laudable generosidad! ¡Elogiable pericia!

Antonio Pereira ganó con los cuentos de «Una ventana a la carretera» el premio Leopoldo Alas. Sus cuentos son buenos. Así que, ya he dicho bastante. (Léase despacio lo anterior.)

Pereira conoce el ambiente rural, el de las pequeñas ciudades, el de las gentes cutres pero bien nacidas o casi. Pone ternura y humor en sus breves historias, que son unas historias tristes de gente limpia que se cambia la camisa los sábados y se lava los pies con esmero cuando lo aconsejan la moral, la higiene y las buenas costumbres. Un mundo que va desapareciendo en las colmenas de renta limitada y en las vacaciones retribuidas, pero que nos es, aún, melancólica e inevitablemente familiar.